



**MI CONTRIBUCIÓN
ESPIRITUAL
AL DESARROLLO
SOCIAL DE UN PAÍS**

**JAIME SALAZAR
LONDOÑO, S. J.**



**MI CONTRIBUCIÓN ESPIRITUAL
AL DESARROLLO SOCIAL
DE UN PAÍS**

Jaime Salazar Londoño, S. J.



Jesuitas
Colombia



Reservados todos los derechos
© Jesuitas Colombia
© Jaime Salazar Londoño, S. J.
Con la colaboración de Karen Arévalo

Primera edición: julio de 2025
ISBN (IMPRESO): 978-958-781-997-7
ISBN (DIGITAL): 978-958-781-998-4
DOI: <http://doi.org/10.11144/Javeriana.9789587819984>
Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Editorial Pontificia Universidad Javeriana
Carrera 7.ª n.º 37-25, oficina 13-01
Teléfono: 6013208320 ext. 4752
www.javeriana.edu.co/editorial
editorialpuj@javeriana.edu.co
Bogotá, D. C.

Coordinación editorial:
Sofía Quiroga

Corrección de estilo:
Francisco Díaz

Diagramación:
Carmen Villegas

Diseño de cubierta:
Carmen Villegas

Impresión:
Editorial Nomos S. A.

Pontificia Universidad Javeriana | Vigilada
Mineducación. Reconocimiento como
Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo
de 1964. Reconocimiento de personería
jurídica: Resolución 73 del 12 de diciembre
de 1933 del Ministerio de Gobierno.

Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca Alfonso Borrero Cabal, S. J.
Catalogación en la publicación

Salazar Londoño, Jaime, S. J., 1930-2025, autor

Mi contribución espiritual al desarrollo de un país / Jaime Salazar Londoño, S. J. -- Primera edición. -- Bogotá : Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2025.

354 páginas : ilustraciones ; 17 x 24 cm

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN: 978-958-781-997-7 (impreso)

ISBN: 978-958-781-998-4 (electrónico)

1. Salazar Londoño, Jaime, S. J., 1930-2025 2. Jesuitas 3. Espiritualidad 4. Jesuitas en Colombia 5. Cristianismo - Testimonio 6. Compañía de Jesús I. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

CDD 255.53 edición 23

CO-BoPUJ

18/03/2025

Contenido

Presentación	5
Prólogo	9
Introducción	17
I. Temprana infancia y ordenación sacerdotal	21
II. Experiencia apostólica en la Pontificia Universidad Javeriana	39
III. El Colegio San Luis Gonzaga de Manizales: anecdotario	53
IV. Ecónomo de la Compañía de Jesús en Colombia	67
V. La Dirección General del Hospital Universitario San Ignacio	107

VI. Del antiguo Círculo de Obreros hasta la Fundación Social	171
VII. La Universidad Gregoriana de Roma: asesoría económica y administrativa	211
VIII. El antiguo Colegio Máximo de Bogotá: transformación y reorganización	233
IX. Presidente de la Asociación La Voz de María y director de la Emisora Kennedy	255
X. Mi labor apostólica como sacerdote jesuita: testimonios	261
Agradecimientos	333
Nota de cierre	335
Referencias	337
Anexos	339

Presentación

LA MISIÓN DE FLUIR COMO UN RÍO

Tengo el gusto de presentar el libro *Mi contribución espiritual al desarrollo social de un país*, que es el resultado de la última misión encomendada al padre Jaime Salazar Londoño, S. J. Y no digo la última, como si no fuera a recibir otras misiones, sino como la última que ha recibido en su larga trayectoria apostólica. La historia que dio origen a esta obra comenzó en el momento en el que el padre Salazar terminó su servicio como administrador del edificio de los jesuitas en Chapinero y del Fondo para la Formación Académica de los Nuestros, hace ya unos tres años, en plena pandemia. Estas tareas ocuparon al padre Salazar en los últimos años.

La misión que recibió el padre Salazar en ese momento fue la de preparar estas memorias sobre su vida, organizando los materiales a través de los distintos encargos apostólicos a lo largo de su camino. Como superior provincial, me correspondió acompañar la finalización de su penúltima misión y proponer esta última tarea. Este libro deja clara la profundidad con la que el padre Jaime realizó todas sus misiones a lo largo de su vida, con una inmensa trascendencia y un gran impacto social, eclesial y para la Compañía de Jesús en Colombia y en otras latitudes.

Pensando en esta presentación vino a mi memoria un bello poema de José Eustasio Rivera, sobre el “Río de la vida”. Esta imagen me parece que ayuda a contemplar la historia personal como una sucesión de momentos, todos ellos cargados de sentido, que nos van conduciendo hacia la plenitud de nuestra propia historia. Me imagino al padre Salazar haciendo suyas estas palabras:

Soy un río que fluye sin cesar,
con aguas turbias o cristalinas,
con remansos de paz o torrentes de ira,
con islas de ensueño o escollos de pena.

Mi nacimiento es un misterio,
mi desembocadura un secreto,
pero mi curso es una realidad,
que late con la vida del universo.

He visto nacer el sol y morir la noche,
he sentido el calor del verano y el frío del invierno,
he oído el canto de los pájaros y el rugir de los truenos,
he llevado en mis aguas la sed de los campos
y el llanto de los niños.

Soy un río que fluye sin cesar,
con aguas que cambian y un cauce que permanece,
con un destino que se ignora y un origen que se olvida,
con una vida que late con la vida del universo.

La vida, como aparece en este hermoso poema y en el testimonio que el padre Jaime Salazar Londoño, S. J., recoge en este libro, es un flujo constante, con altibajos, momentos de paz y tormenta, que solo se explican cuando entendemos su origen y su destino, dos extremos de una maravillosa existencia, única e irrepetible. Todos los

momentos fueron tejiendo una hermosa textura, plena de colores y figuras que hablan de su permanente crecimiento espiritual, que lo fue llevando a un compromiso radical al servicio de la Iglesia y de la sociedad. Una misión cumplida y vivida en plenitud.

Este libro es una parábola de la vida del padre Jaime, una misión cumplida con ejemplar profundidad y cuidado, como todas y cada una de las tareas que le fueron encomendadas a lo largo de su existencia, comenzando con su labor en la Pontificia Universidad Javeriana, pasando por su servicio como rector del Colegio San Luis Gonzaga en Manizales y como ecónomo de la Provincia Jesuítica de Colombia, más su larga presencia en el sector de la salud y su aporte al Círculo de Obreros, hasta su asesoría económica y administrativa en la Universidad Gregoriana de Roma y su colaboración en la transformación y reorganización del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en Bogotá y la dirección de La Voz de María. Y todo ello coloreado por su vida familiar y su proceso de formación como jesuita, en un servicio pastoral que lo ha caracterizado a lo largo de toda su vida.

Disfruten de este hermoso testimonio que refleja el fluir de la existencia del padre Jaime Salazar Londoño, S. J. Disfruten de la belleza de los paisajes, de los remansos tranquilos y de los recodos agitados. Disfruten de una aventura con un origen maravilloso y con un final absolutamente espléndido. Jaime dejó que fuera el Señor quien condujera su vida. Solo de Él recibió la gracia para cumplir su misión como la mayor contribución espiritual al desarrollo humano y social de nuestro mundo.

HERMANN RODRÍGUEZ OSORIO, S. J.

PROVINCIAL

Prólogo

Las memorias del padre Jaime Salazar Londoño, S. J., finalizan en el punto en que la mayoría de ellas comienzan, pues el primer capítulo está dedicado a su infancia familiar, su viaje como misionero jesuita a Taiwán y su ordenación como sacerdote. No es un simple efecto retórico, sino una persistencia existencial que me hace recordar la reflexión de la antropóloga Margaret Mead en su libro *Cultura y compromiso*, en el que escribió que

a juicio de los occidentales el futuro está delante de nosotros. A juicio de muchos pueblos de Oceanía el futuro reside atrás, no adelante. Para construir una cultura en la que el pasado sea útil y no coactivo, debemos ubicar el futuro entre nosotros, como algo que está aquí, listo para que lo ayudemos y protejamos antes de que nazca, porque de lo contrario sería demasiado tarde.

Estas memorias se cierran —o quizás se abren— con la evocación de un niño curioso que introduce sus dedos en un tomacorriente de su casa y es lanzado lejos por la energía eléctrica, un joven que se va a China animado por una misión y un sacerdote que realiza su primera experiencia pastoral con un grupo de campesinos en Fúquene.

Como en el pensamiento de Mead, el futuro en sus memorias se ubica entre nosotros, porque la experiencia del paso sorpresivo de la electricidad por su cuerpo se puede constatar en cada uno de los capítulos de este libro, en los diferentes momentos vitales que entretejen la vida del memorista que recuerda y nos comparte. El viaje a un país lejano ya no es un problema de desplazamiento físico, de lejanía geográfica y cultural, sino la senda de las experiencias que afronta a través del tiempo como jesuita y su inicio pastoral, una señal que marcará su presencia activa en temas que algunos podrían considerar profanos y que él convierte en una expresión clara de su vocación sacerdotal.

Cuando hace meses el padre Salazar me llamó para que lo acompañara en el proceso de escritura de sus memorias, lo hizo de pie, con una vitalidad lista para la tarea, reforzada por su disposición entera para responder a la indicación del padre provincial y un conjunto de archivos prolijos, elaborados con una indudable persistencia y sistematicidad. Para mí no fue un recibimiento inusual, sino una nueva muestra de su carácter, que aprecié durante años.

Ese día tenía en su televisión de plasma un video musical y la atmósfera era más de aventura que de tarea. Sonreía mientras yo examinaba una buena parte del trabajo de archivo que ya había hecho por años. Eran álbumes de fotos, genealogías y documentos de una precisión envidiable, que servirían de evidencia para una narración que estaba lista para contarse con la verdad de un hombre de más de 90 años. Me llamó de inmediato la atención que un hombre que se acerca a un siglo estuviera decidido a darnos el relato de su vida y que ese relato entretejiere tres grandes dimensiones: la de su temprano ingreso a la Compañía de Jesús, la de su condición irrevocable de sacerdote y la de un país que en ese mismo tiempo cambiaba profundamente.

Especialista en trabajos extraños, pero emocionantes, acepté ser un asesor de la memoria, con la certeza que expresó Gabriel

García Márquez en *Vivir para contarla*, cuando dijo que “la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”. Y si la memoria es contar y recorrer un camino, el trabajo del asesor de memoria es ser un acompañante, respetuoso y solícito, que se entusiasma con cada paso dado, pero que hace preguntas, sin insistir en respuestas definitivas, y que se sorprende con hechos desconocidos y escucha con calma los silencios del caminante.

A la luz de esa experiencia es que escribo este prólogo, que el memorista me ha invitado a elaborar, cuando ya las faenas del día se han terminado y todo parece indicar que se ha llegado a buen puerto. Tengo la certeza de que las memorias pueden ser diferentes y diversas en una misma persona, así el trazo de su trayectoria vital tenga en todas sus versiones un recorrido semejante.

A partir de ese día señalado, todo comenzó en medio de preguntas, diálogos, visitas, acceso a documentos, cartas, mensajes y un trabajo de introspección y verificación subjetiva que es una verdadera proeza en una persona de su edad, ya que algunos de aquellos documentos habían sido escritos a la sombra de casi un siglo. Era conmovedor sentarse, inclusive junto a su lecho de la enfermería, que él mismo había ayudado a diseñar y realizar cuando fue rector del Colegio Máximo de la Compañía, para comentar con una fuerza que salía de sus convicciones un detalle del capítulo que estaba escribiendo o un acercamiento que modificaba la apreciación de un hecho.

Pero lo que más me llamó la atención fue cuando me comentó que estaba invitando a sus amigos, con quienes había trabajado en diferentes momentos de su vida, a dialogar con él y a escribirle amablemente algunas síntesis que citaría después en este libro. Son entonces unas memorias que dialogan con otras, que oyen nuevamente con sorpresa los matices de lo vivido muchos años después y que se arriesgan a compartir el futuro que habita entre nosotros.

No pocas veces en este proceso le escuché reflexiones sobre lo que hubiera pasado en otras circunstancias si las cosas hubieran sido diferentes o qué camino hubieran tomado los sucesos de haberse adoptado otras decisiones. No eran diálogos de compromiso, sino aperturas sinceras a la conversación sobre lo ocurrido y también sobre lo que nunca sucedió.

Narrar la propia historia no es un asunto fácil o exento de compromisos. Los lectores de estas memorias se encontrarán, por una parte, con la selección de unos momentos relevantes de una larga y fructífera vida y, por otra, con una forma particular de hacerlo.

Se puede afirmar que la vida de Jaime Salazar Londoño, S. J., estuvo siempre ligada a lugares y temas muy interesantes, de mucha actualidad y con mucho futuro, como la pastoral universitaria, el control de la natalidad, la educación, la salud, los sistemas hospitalarios, la economía, el desarrollo social y empresarial, la radio y los ámbitos de la formación jesuítica.

Las memorias se inician con los relatos de su infancia. Luego continúa con los primeros días en la Pontificia Universidad Javeriana, cuando se ponían las bases de lo que ha sido su labor de conocimiento, formación, investigación y aporte a la sociedad, y tempranamente sus puntos de vista se ubicaron en el centro del huracán de las comprensiones de la vida y la sexualidad, con planteamientos que tocaban la moral y a la vez delicados temas de relaciones humanas y demografía, que finalmente se tropezaron con posiciones de la Iglesia institucional, cuyo eco aún llega hasta nuestros días. Cuando se aprecian más de medio siglo después las vicisitudes vividas y se cotejan con los cambios que se dieron en nuestras sociedades durante todos estos años, se valora lo significativo de sus preocupaciones.

El paso de rector por el Colegio San Luis Gonzaga de Manizales muestra un conjunto de decisiones que combinan la construcción de la infraestructura educativa con las necesidades de los jóvenes y

la presencia de la educación privada en relación con la vida de la ciudad. Ya en estas primeras experiencias se revelan características de lo que será su carácter y su manera de actuar como definitorias de su propia vida: el modo de afrontar los problemas, de los que no huye, y la respuesta a dilemas que no siempre eran fáciles de resolver, escuchando puntos de vista diversos, pero tomando decisiones necesarias y, en algunos casos, controvertidas.

La economía es uno de los hechos por los que se lo conoce frecuentemente. Durante dos décadas manejó los asuntos económicos de la Compañía, que fue una tarea dispendiosa de organización, análisis y toma de decisiones, en la que incentivó procesos de modernización, renovó costumbres que debían ser superadas y logró siempre excelentes resultados. En este sentido, estas memorias son una respuesta directa al imaginario que existe sobre la riqueza de la Compañía, pues se interna en haciendas y edificios, obras espléndidas como *La lechuga* —la bella custodia patrimonial tachonada en joyas que compró el Banco de la República— y otras piezas de arte, así como en arriendos y extensiones de terrenos que se convirtieron en barrios icónicos de la ciudad.

Cuando escuchaba sus historias, recordaba el libro de Germán Colmenares, que desde la perspectiva del historiador profesional se acercó al conocimiento de las haciendas jesuitas en el Nuevo Reino de Granada en un período muy anterior. Hay evidentemente una diferencia entre el análisis historiográfico y los recuerdos de un economo que transita, una a una, por sus experiencias, que con el tiempo se han convertido en memoria.

Este momento de su vida se entrelaza con su misión de reordenar las finanzas de la Universidad Gregoriana de Roma, su trabajo final de rector del Colegio Máximo de la Compañía y su papel de orientador, en décadas apasionantes de la Fundación Social y sus empresas.

Pero lo que es aún más interesante es que en ningún momento de esta travesía económica de años, sea ordenando la contabilidad, realizando transacciones o tomando decisiones de inversión, perdió un ápice de su condición de sacerdote, que le acompañaba no como una dimensión accesoria, sino como su manera de ser fundamental. Y este es sin duda uno de los grandes atractivos y, por otra parte, una de las singularidades de esta memoria excepcional.

La salud es otro de los grandes momentos del relato en los que estuvo comprometida la vida del padre Jaime Salazar Londoño, S. J. Ser director de un hospital es en cualquier momento, y más en sus días, una proeza. Se trata de una experiencia que se encuentra diariamente con la intensidad de la vida humana, el dolor y la esperanza. Y es también un mundo complejo en que se relacionan procesos muy diversos, que van desde el conocimiento y la empatía médica hasta la infraestructura, y que tiene que ver no solo con el cuerpo, sino con la vida interior y las historias personales de una gran cantidad de pacientes, a lo que se suma un funcionamiento muy estricto, pautado por los protocolos y, a la vez, por unas realidades que cambian y que en no pocas ocasiones están regidas por el azar.

La dirección del Hospital Universitario San Ignacio fue una experiencia diferente que afrontó con un carácter que ya se había formado en otras misiones y a la que aportó saber, disciplina y decisiones necesarias. El ideario ético aplicado a los servicios hospitalarios, en cuya elaboración participó y que se presenta en estas memorias, tiene una enorme vitalidad y es una declaración que continúa, que es no solo útil, sino benéfica.

Estas memorias nos vuelven a recordar que cada una de las vidas de los seres humanos tiene una singularidad propia y trazan un camino que, aun en los silencios o en los olvidos, nos instruyen sobre las semejanzas y las diferencias de nuestras travesías. En el libro que está en sus manos queda palpable la vida de un sacerdote jesui-

PRÓLOGO

ta que, en el largo tiempo de un siglo, enfrentó retos y desafíos muy variados, todos definidos por la decisión que un día a sus 16 años tomó en un retiro espiritual de su colegio, cuando lo estremeció y sintió como un llamado lo que les dijo Jesús a sus discípulos: “Os haré pescadores de almas”.

GERMÁN REY

Introducción

Para cumplir la misión que me encomendaron mis superiores de escribir mis memorias, recorrí los recuerdos de mis 94 años de existencia, lo que no es fácil, intentando combinar lo espiritual con lo ordinario de la vida, pues considero que son áreas complementarias. En este escrito narraré mi historia teniendo en cuenta mis éxitos y fracasos, que fueron trascendentales para mi desarrollo como persona y jesuita.

Mi nombre es Jaime Salazar Londoño. Nací en Bogotá el 16 de marzo de 1930, tercer hijo de Alejandro Salazar Grillo y Alicia Londoño Mesa, bautizado en la parroquia de Las Nieves el 11 de abril de ese mismo año, con Ricardo y Clementina Londoño Mesa como mis padrinos. Mis primeros años académicos los viví en el Liceo Francés Louis Pasteur y en el Liceo de Cervantes; el 3 de mayo de 1945 ingresé al noviciado de la Compañía de Jesús en Santa Rosa de Viterbo, Boyacá. En diferentes etapas de mi formación adquirí varios títulos, muy importantes para mi educación sacerdotal, entre ellos, la Licenciatura en Filosofía y Teología en la Universidad Javeriana en Bogotá; más adelante, en 1961 me ordené como sacerdote.

Para conocimiento de mis lectores, en el trascurso de mi formación conocí una valiosa oración que fue el faro que enfocó mi vida, escrita por el cardenal Newman. Su mensaje inspiró mi entrega a Dios, que fui reflejando a través de mi conducta, pensamientos y forma de actuar como persona y sacerdote. A continuación, transcribo esta bella oración, con la que doy apertura a las memorias de mi vida.

DÉJAME PREDICAR TU NOMBRE SIN PALABRAS

Jesús mío, ayúdame a esparcir tu fragancia donde quiera que vaya; inunda mi alma con tu espíritu y tu vida; penetra todo mi ser y toma de él posesión, de tal manera que mi vida no sea en adelante sino una irradiación de la tuya.

Quédate en mi corazón en una unión tan íntima que las almas que tengan contacto con la mía puedan sentir en mí tu presencia y que, al mirarme, olviden que yo existo y no piensen sino en Ti.

Quédate conmigo. Así podré convertirme en luz para otros. Esa Luz, oh Jesús, vendrá toda de Ti; ni un solo de tus rayos será mío; te serviré apenas de instrumento para que Tú ilumines a las almas a través de mí.

Déjame alabarte en la forma que te es más agradable, llevando mi lámpara encendida para disipar las sombras en el camino de otras almas. Déjame predicar tu nombre sin palabras: con mi ejemplo, con tu fuerza de atracción, con la sobrenatural influencia de mis obras, con la fuerza evidente del amor que mi corazón siente por Ti.



Bogotá, abril 15 de 2021
2021/041/Prov.

Padre
JAIME SALAZAR LONDOÑO, SJ
Comunidad Pedro Fabro
Ciudad

Ref. Agradecimiento apostólico administrativo en Chapinero

Apreciado Jaime:

(Fraterno saludo)

Quiero agradecer de todo corazón por tu dedicación al trabajo diligente del "Fondo para la Formación Académica de los Nuestros" y del edificio de Chapinero durante casi 20 años. Soy consciente de toda suerte de dificultades que enfrentaste en este cargo. Gracias a tu gestión, el "Fondo para la Formación Académica de los Nuestros" se robusteció y la administración del edificio de Chapinero se transformó completamente. Tendrás también la responsabilidad de ser el administrador de la Comunidad de Profesores María Inmaculada y de facto, también la administración de las otras dos comunidades que funcionan en Chapinero. De todos estos trabajos te adelanto y te pido el favor de orientar al P. Raúl Hernán Restrepo, SJ, para que él pueda seguir prestando estos servicios. Te pido que prepares un buen empalme, de modo que puedas entregarle la administración el día 31 de mayo de 2021.

Has llegado a un momento de la vida en el que debes aprovechar los aprendizajes vitales que has ido haciendo, para hacer síntesis de la experiencia acumulada. Igualmente, te pido que aproveches la posibilidad de descansar, de estar con más tranquilidad y escribir tus memorias, particularmente sobre tu experiencia en China, el retiro del colegio San Luis Gonzaga, las transformaciones que hiciste al economato de la Provincia, sobre tu servicio como director del HUSE, tu paso por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y las demás responsabilidades que has tenido. Son apenas significativos a la Provincia que deberían ser conocidos por las nuevas generaciones de jesuitas.

Quisiera terminar esta carta citando una conferencia que el papa Francisco dio, al comienzo de su pontificado, a los cardenales que participaron en el Cónclave que lo eligió: "...la vejez es –me gusta decirlo así– la sede de la sabiduría de la vida. Los viejos tienen la sabiduría de haber caminado en la vida, como el anciano Simeón, la anciana Ana en el Templo. Y justamente esta sabiduría les ha hecho reconocer a Jesús. Ofrecámosle esta sabiduría a los jóvenes: como el vino bueno, que mejora con los años, ofrecemos esta sabiduría de la vida. Me viene a la mente aquello que decía un poeta alemán sobre la vejez: «*Es in nobis, die Alter, und jenseits*, es el tiempo de la tranquilidad y de la pléguia. Y también de brindar esta sabiduría a los jóvenes" (Audiencia a todos los cardenales. Sala Clementina. Viernes 15 de marzo de 2013).



COMPANÍA DE JESÚS
Provincia Colombiana
CURIA PROVINCIAL

Gracias por toda tu entrega y le pido al Señor Jesús que te acompañe y te bendiga abundantemente en esta etapa de vida en la Compañía que ahora comienzas. Me encomiendo en tus oraciones.

Hermano en el Señor,

Hermann Rodríguez
Hermann Rodríguez Osorio, SJ
Provincial

Con copia:

- P. Juan Fernando Méndez, SJ, Asistente para el Discernimiento y la Plurificación
- P. Gerardo Villota, SJ, Asistente para la Formación del Cuerpo Apostólico
- P. Víctor Martínez, SJ, Superior de la Comunidad María Inmaculada
- P. Nelson Valandi, SJ, Superior de la Comunidad Pedro Pablo
- P. Elías Arango, SJ, Ministro de la Comunidad Pedro Pablo
- P. José de Jesús Prieto, SJ, Superior de la Comunidad San Alonso Rodríguez
- P. Leonardo Rincón, SJ, Administrador Provincial

I. Temprana infancia y ordenación sacerdotal

Dios me destinó a ser parte de una familia católica conformada por Alejandro Salazar, mi papá, y Alicia Londoño, mi mamá, junto a mis hermanos mayores Berta y Álvaro. Nací el 16 de marzo de 1930, el tercero de ocho hijos. Mi infancia fue tranquila, pero desde pequeño fui muy inquieto. Así, cuando comencé a gatear, vi en la pared dos agujeros que me causaron curiosidad y metí los dedos; el golpe eléctrico me botó al otro extremo de la habitación, y no sé si eso me hizo más o menos inteligente.

Recuerdo que vivíamos en la calle 64, arriba de la carrera 7.^a, junto al grupo familiar Salazar Grillo, que era descendencia de mis abuelos paternos. En la esquina de la casa se ubicaba todos los días un señor que vendía dulces; mi papá había obsequiado a cada uno de sus hijos una pequeña alcancía para guardar algunos centavos que a veces nos regalaban; un día me puse a jugar con la alcancía y se salió una moneda de cinco centavos. Muy emocionado me dirigí al vendedor y compré un talego lleno de caramelos que me comí solo, lo cual me ocasionó fuertes dolores estomacales y por esta razón mis padres me tuvieron que llevar al médico.



FIGURA 1. Señora Alicia Londoño con su bebé Jaime Salazar en la casa familiar en Chapinero, 1930

Fuente: Archivo personal



FIGURA 2. Señora Alicia Londoño con el padre Jaime Salazar Londoño, S. J.
Celebración de cumpleaños, Hospital Universitario San Ignacio,
16 de marzo de 1991

Fuente: Archivo personal

Entre los recuerdos de aquella época, me viene el de una costumbre que en ese momento era aceptable, pero que hoy en día sería una odiosa discriminación. Asistíamos con frecuencia a misa en la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, junto con mis abuelos paternos. Algunas familias eran propietarias de las bancas de madera que uno siempre encuentra en la iglesia, coloquialmente llamadas *escaños*, pero lo sorprendente era que tenían llaves para que solo ellos las pudieran usar durante la eucaristía.



FIGURA 3. Con sus hermanos mayores Berta y Álvaro en la finca en Chía, 1932

Fuente: Archivo personal

A los 5 años ingresé al jardín del Liceo Francés Louis Pasteur. Yo les decía a mis amigos que dos mellizas de mi curso eran mis novias. Me di cuenta de que un compañero de nuestro salón, llamado Gustavo Andrade Lleras, intentaba acercarse a ellas y yo no se lo permitía, y por esta razón terminábamos peleando, pues mi objetivo era alejarlo de ellas; esto se complicaba a tal punto que tenían que llamar a nuestros hermanos mayores para que nos separaran.

Aprendí a rezar. En el trascurso de mi crecimiento este tema espiritual se encontraba fortalecido por el gran ejemplo de mis padres, quienes siempre me inculcaron el respeto por los sacerdotes. Recuerdo que mamá buscaba libros de santos para mi reflexión personal. Yo tenía 7 años cuando me trasladaron al Colegio de la Presentación, en donde las religiosas me fueron preparando para mi primera comunión. Terminada mi catequesis, celebramos el sacramento de la comunión en la capilla del Monasterio de la Visitación, y fue así como progresivamente fui fomentando mi piedad religiosa.



FIGURA 4. Jaime Salazar, el tío Alfonso Londoño y Mario Salazar, su hermano, 1937

Fuente: Archivo personal

Siguiendo la línea de mi formación, fui creciendo rápidamente y mis padres decidieron cambiarme de colegio para el Liceo de Cervantes, y todo lo aprendido en la catequesis se fue consolidando con las reflexiones diarias que nos hacía el rector Jesús Casas Manrique. Teníamos una práctica religiosa que era celebrar la misa en fechas especiales de la Iglesia, y esta tradición la conservé a lo largo de mi vida. Cuando cumplí los 11 años, ingresé a la tropa *scout* del colegio, que junto con la tropa de San Bartolomé La Merced competíamos por ser los mejores de Bogotá. Tuve la oportunidad de aprender a ser un verdadero líder. En bachillerato fui nombrado guía de patrulla y más adelante subjefe de la tropa; esta experiencia fue una verdadera escuela de formación, puesto que adopté muchos de los principios de los *scouts*, que me ayudaron a actuar con rectitud moral en varios campos de lo que ha sido mi historia dentro de la Compañía de Jesús.

La tropa celebró un retiro espiritual en una finca cerca a Sasaima, dirigido por el padre Vicente Andrade Valderrama, S. J., y el doctor Alfonso Casas Morales. En este encuentro participamos alrededor de treinta *scouts*. Una mañana después de recibir los puntos de reflexión, cada integrante se fue a meditar contemplando la bella naturaleza de los alrededores. Entonces pensé en entrar a la capilla de la finca y, estando a solas con Dios, justo en ese momento vino a mi mente un pasaje bíblico en el que Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Os haré pescadores de almas”. Esa frase me impactó y pensé: “¿por qué no ser sacerdote?”. Esta pregunta estuvo rondando en mi cabeza durante varios meses y tiempo después conversé este asunto con el padre Vicente Andrade, S. J., y el padre Pacho Mejía, S. J. Ellos fueron orientando mi camino espiritual y cuando ya estaba seguro de mi propósito, decidí hablar con mis papás y les conté mis ideales. Noté en ellos un poco de desconcierto; sin embargo, me apoyaron. Seguí con mis estudios en el colegio y en cuarto de bachillerato tomé la decisión de ingresar a la Compañía de Jesús. Esta noticia se hizo pública y causó un impacto positivo tanto en el colegio como en los ambientes sociales que frecuentábamos. El 3 de mayo de 1945, el padre Pacho Mejía, S. J., celebró la eucaristía en la capilla de mi casa y después viajamos a Santa Rosa de Viterbo, en Boyacá, acompañados por papá Alejandro, mamá Alicia y dos de mis hermanas, Berta y Alice.

Instalado allí y con el pasar de los días fui descubriendo las notables diferencias entre la vida familiar y la vida sacerdotal. El padre maestro del noviciado era Germán Mejía, S. J., quien fue orientándome durante mi primera etapa de preparación sacerdotal. En esa época existía un convenio entre la Compañía de Jesús y el Gobierno nacional, según el cual algunas de las etapas de formación eran validadas para obtener el bachillerato, de modo que internamente obtuve el título de bachiller en Letras Clásicas por el antiguo Colegio del Sagrado Corazón el 30 de noviembre de 1950.



FIGURA 5. Jaime Salazar Londoño, S. J.,
con el padre Pacho Mejía, S. J., en Santa Rosa de Viterbo, 1948

Fuente: Archivo personal

Años después, el Colegio San Bartolomé La Merced me tituló nuevamente como bachiller.

Dentro de la formación en el noviciado nos fomentaban el pensamiento de la Iglesia: “ir a tierras de infieles y paganos para salvarlos de la condenación eterna”. Para esto nos motivaban con lecturas de misioneros, entre ellos, el padre Segundo Llorente, S. J., evangelizador en Alaska. Al terminar el juniorado en Santa Rosa de Viterbo continuábamos con nuestros estudios de filosofía en Chapinero y, posteriormente, al concluir esta etapa de formación, pasábamos a la práctica, generalmente en algún colegio de la Compañía de Jesús. Pero mi caso fue diferente: escogí el camino de ser misionero, para lo cual tuve que hacer una solicitud oficial al padre general, la autoridad para definir estos destinos. Redacté un escrito haciendo la solicitud y en

poco tiempo mi carta fue aceptada con destino a China. Por ese tiempo estudié inglés en Estados Unidos, en Saint Michael's College en Vermont y Georgetown University en Washington, D. C., hasta que, luego de terminar estos cursos, emprendí mi rumbo a China. Durante mi largo viaje, el comunismo ruso organizado por Mao Tse-Tung tomó el poder de este país y, como consecuencia, Chiang Kai-shek, antiguo presidente de China, tuvo que refugiarse en la isla Formosa (hoy Taiwán), así como también gran parte de los misioneros católicos. Este nuevo sistema económico comenzó a reinar y la historia y la cultura milenaria orientales quedaron reducidas, debido a la violencia de Mao, que se reflejó en millones de víctimas asesinadas, encarceladas y expulsadas de China, lo que causó gran terror en esa sociedad.

En mi carta del 20 de agosto de 1955 escrita para mamá Alicia relato algunas situaciones que viví durante mi viaje:

Quiero continuar la crónica de mi viaje en Jerusalén: el monte Calvario quedaba dentro del actual santuario del Santo Sepulcro; este, por decirlo así, está dividido en dos partes: la parte de abajo y, a la mano izquierda, entrando un poco hacia el fondo, donde está el Santo Sepulcro [...]; en el mismo santuario, subiendo a mano derecha por unas escaleritas, se llega a un segundo piso donde hay un salón no muy grande, con tres altares preciosamente adornados y con pinturas que representan la muerte de Cristo; en el medio está una imagen de la Virgen Dolorosa, hecha en plata y cubierta en vidrio; este es el monte Calvario y debajo de uno de los altares hay un agujero, por donde, si uno mete la mano, se puede tocar una de las rocas del antiguo monte. [...]

A propósito de horas, desde que salí de Colombia hasta ahora, he perdido como 13 o 14, ya se me olvidó cuántas exactamente, pero, de todas maneras, en el oriente estamos tan adelantados que cuando ustedes se están levantando un día, ese mismo día

y esa misma hora nosotros ya nos estamos acostando, después de haber trabajado todo el día. [...]

El 13 de agosto, aniversario de mis votos y fiesta de S. Juan Berchmans en Colombia, no pude oír misa, pero comulgé a las 2:00 p. m. en Bombay. Salimos de Karachi en Pakistán, a las 7:00 a. m. y llegamos a Bombay-India a las 10:30 hora local, y allí tuve mi primer contacto con el pueblo indio. Lo primero que uno nota es la desconfianza de todos, especialmente de los sacerdotes, que tienen mucha dificultad para poder entrar; a mí, en particular, tanto a la entrada como a la salida, me revisaron hasta el último bolsillo y me hicieron desempacar íntegras las cosas en la aduana del aeropuerto [...], a pesar de tener una tarjeta especial del Gobierno de India [...]. [De las] impresiones que saqué de la India con respecto a la Iglesia, es que los padres misioneros trabajan muy bien y con mucha abnegación, y los católicos, que, en realidad, comparado con la totalidad de la población, son pocos, responden muy bien al trabajo de los padres y son muy fervorosos; no es raro encontrar las iglesias llenas a toda hora, aunque no sea hora de misa ni domingo.

Llegábamos al aeropuerto de Hong Kong, donde me esperaba el Hno. Juan Dorrnsoro. [Él me] llevó en un taxi a la residencia de los padres [...]. Aquí propiamente estamos en una isla que se llama Kowloon y que hace parte de Hong Kong. Esta ciudad es bastante china, aunque no típicamente china, pues el influjo extranjero aquí es muy grande. Sin embargo, ya me siento como en la misión, pues en realidad los padres que trabajan aquí ya pertenecen a la misión de China, de modo que ya estoy en mi terreno. De las costumbres me ha dado muy buena impresión el pueblo chino que he conocido aquí: muy amable, muy simpático, inteligente, aseado, etc. El campo para trabajar será muy grande.

En mi carta del 30 de agosto de 1955 para mamá Alicia resumo algunas situaciones que viví a mi llegada a Hsinchu, Taiwán:

Aquí todo está comenzando y no hay todavía buena organización. El pueblo es mucho más pobre que en Japón y existe el problema gravísimo de los refugiados de la China roja, que han venido por cantidades y sin un centavo; los padres misioneros, que todavía son muy pocos, están viviendo en las casuchas más miserables, pues también salieron expulsados de China, [y] muchos de ellos, después de haber sufrido tormentos increíbles, tratan de establecerse aquí como pueden. La Compañía de Jesús hasta ahora tiene solo dos casitas pequeñas de propiedad en todo Formosa; lo demás es arrendado y hay que ingeniarse para pagar los arriendos [...]. Este es un país completamente pagano [...]. Los padres están abriendo brecha hasta ahora, muchos o casi todos han dicho en sus diferentes pueblitos la primera misa que se ha dicho en toda la vida en estas regiones, pues antes estaba completamente abandonado todo. Algunos después de un año apenas tienen tres católicos, mientras que a otros les ha ido un poco mejor y después de dos años de trabajo intenso tienen unos cien católicos.

El 26 de agosto a mediodía tomé el avión para Taipéi [...]. El padre Alberto Martínez me esperaba en el aeropuerto con otros tres padres; me llevaron primero a Hsinchu para visitar al padre O'Brien, que es el superior de nosotros aquí en Formosa [...]. Después de esto fuimos en bus hasta Chutung, que es un pueblito pequeño donde trabaja el padre Alberto con otros tres padres españoles y un hermano [...]. El padre Alberto llegó hace relativamente poco tiempo a trabajar allí, puesto que hacía parte de los misioneros expulsados de China, mientras que los otros padres ya llevaban casi dos años; cuando llegaron no había ningún cristiano, hoy día hay cien y varios más se

preparan para el bautismo. Acaban de construir una pequeña iglesia y una casita para ellos, es la única iglesia que hay en la región fuera de una capillita protestante que la piensan abandonar porque nadie va. Los padres se valen de la música, del cine y de los deportes para atraer a la gente, ya los tratan con cariño y la gente comienza a acercarse cada vez más.

El 28 de agosto por la tarde me trajo el padre Alberto a un pequeño pueblito llamado Hsinchu, situado a unas dos horas de la parroquia de él, donde estamos provisionalmente los estudiantes de chino [...]. Somos siete estudiantes: dos de Estados Unidos, dos de España, dos de Argentina y yo.

Ayer 29 de agosto comenzamos las clases de fonética, la cosa parece difícil, pero con el tiempo y la ayuda de Dios saldremos adelante [...]. Ya me tienes preparándome para ser misionero en medio de un mundo completamente pagano; espero que tus oraciones y las de todos los de la casa y las de todas las personas buenas que piden por mí me alcancen, gracias a Dios, para estudiar primero con intensidad esta lengua y después poder hacer algún fruto en medio de este pueblo tan abandonado y atrasado que necesita urgente los auxilios espirituales de la Iglesia católica.



FIGURA 6. Bautizo de niña china con asistencia de Jaime Salazar Londoño, S. J., en la parroquia de Taiwán, 1957

Fuente: Archivo personal

Como mencioné en mi carta del 30 de agosto de 1955, empecé a estudiar mandarín, la principal lengua de este lugar, en una comunidad pequeña de jesuitas. Para mí fue muy difícil aprenderlo y durante los dos primeros meses no entendía nada, pero poco a poco comencé a pronunciar algunas palabras concretas del código religioso. Mi pensamiento de salvar paganos fue cambiando cuando conocí mentalidades y realidades diferentes a las que venía acostumbrado; después de dos años de estudio logré dominar la lengua y pude ayudar en una parroquia dictando clases de catequesis.



FIGURA 7. Misioneros de la Compañía de Jesús en China y Japón. Postal de Navidad

Fuente: Archivo personal

En el plan de estudios de la Compañía de Jesús me correspondía continuar con mis estudios de teología para alcanzar mi ordenación sacerdotal y el 27 de junio de 1958 recibí una carta del padre Oñate en la cual decide definitivamente que yo regrese a Colombia para cumplir con este propósito, y es así como mi ideal de ser misionero en China cambió de rumbo. Cuando regresé de Taiwán y, por la diferencia de calendarios escolares, finalicé mi magisterio en el Colegio San Ignacio de Medellín. Después de todo, inicié mis estudios de teología y moral en las facultades eclesiásticas de la Universidad Javeriana de Bogotá.

Fueron tres años de aprendizaje intelectual y espiritual en este ámbito. Pienso que fui afortunado, porque tuve la oportunidad de comparar el ejercicio como misionero en China y el ejercicio apostólico en Colombia, y finalmente concluí que en nuestra cultura tuve más acercamientos a mi vocación. Al terminar mi larga carrera de estudios en la Compañía de Jesús, también tuve la ocasión de participar en las veladas nocturnas que organizaba mi hermano Álvaro en su casa, con un grupo de familias amigas de él y con mi profesor de Sagrada Escritura, el padre Carlos Bravo, S. J. El propósito de estas charlas era conversar y reflexionar sobre la vida familiar y además escuchar los diferentes puntos de vista de cada uno de ellos. Allí fui descubriendo un campo de trabajo de tipo familiar que llamó mucho mi atención y, poco a poco, comencé a desarrollar cualidades que tuvieron como resultado mis asesorías para grupos de familias. Posteriormente, participé durante cuatro años en el Movimiento Familiar Cristiano en Manizales y luego continué en Bogotá con los Equipos de Nuestra Señora.

Todas estas experiencias me ayudaron a fortalecerme como sacerdote. Por lo tanto, el 3 de diciembre de 1961 se efectuó mi ordenación sacerdotal en la iglesia de San Ignacio. Esto causó en mi vida un impacto espiritual muy profundo. Al día siguiente celebré mi primera misa en la capilla del Liceo de Cervantes y, para finalizar, mi familia había preparado una “gran misión” en Fúquene con el fin de mejorar el ambiente religioso y social de la región. Por tal razón, al tercer día viajé con mi familia y nos instalamos en una finca ubicada cerca de la laguna. Allí en la misa de inauguración me presenté ante un grupo de campesinos y durante tres días seguidos desarrollamos el plan previsto con grandes resultados, manifestados a través de confesiones y arrepentimientos. Quiero contarles la historia de dos enemigos irreconciliables, incluso uno de ellos había atentado contra la vida del otro, pero este ejercicio de pastoral ayudó a que estas dos